

## EL TIEMPO LLUVIA

**A**QUELLA tarde estábamos sentados en la guarnicionería esperando que nos dieran los macutos, había poca luz en el estrecho recinto pero fuera brillaba el sol. No hacía ni frío, ni calor, ni bochorno. Repentinamente se puso a llover. Algunos, que charlaban fuera, entraron donde yo estaba. Y allí nos quedamos.

El cabo furriel cruzó las piernas, sentado en la banqueta, a mi lado. Miró para afuera (yo miraba para mis mudas botas) y llovía endiabladamente, el agua contra la tierra parecía un tambor y se levantaba un vaho de suelo reseco. La humedad empezaba a comunicarse a nuestros cuerpos. En alguna medida ésto nos daba una cierta melancolía.

Algunos de nosotros tenían ya las botas húmedas, los que habían sido sorprendidos por la lluvia fuera. El cielo tenía una metálica palidez y unos árboles brillaban, como si tuvieran luz propia, en aquella luminosidad difusa, apagada, que, sin embargo, la lluvia había dotado de una fuerza especial, como si movimiento y fulgor se fundieran en una misma sensación.

Mirábamos para afuera. Yo, arrimado al ventanuco, sin moverme. Yo, inmóvil, pensando en ti. Hubiera dado cualquier cosa por tenerte viva, tenías que haber resucitado, era preciso tuvieras noticia, no sé de qué exactamente. Quizá de que yo estaba vivo, pensando en ti, mientras la lluvia seguía cayendo, ignoro si estábamos tristes... o únicamente vivos. Estaba de pie, rememorando tu rostro, tu figura, los pocos vestigios que me quedan de tu vida.



Te hablo, Sara, de una época muy posterior a tu muerte.

Miré para las botas del cabo furriel. Mudadas botas las de este hombre. Estaban manchadas de barro, una capa marrón se pegaba al cuero y lo remontaba. Unos soldados habían traído una radio y buscaban una emisora.

El cabo furriel tenía una novia, que se llamaba Anita, que yo conocía puesto que me la había presentado en un permiso. Me contó, en virtud de la confianza que le había dado en otras ocasiones, que no estaba en Madrid, que era muy joven —tenía dieciocho años— y que estaba muy enamorado de ella. Se me había ocurrido preguntarle si había recibido alguna carta, la tradicional en los campamentos. Me dijo que sí y sacó del bolsillo de la camisa un sobre, y me enseñó un remite. Pensaba, Sara, en ti. Tú podías haber escrito ese sobre, si estuvieras con vida. Pero has muerto.

Seguía lloviendo con rabia, no tenía ni idea cuando podríamos salir de allí, habida cuenta que los macutos no llegaban. En la explanada, frente a la guarnicionería, se había formado un inmenso charco, lleno de cráteres. En ellos el agua tamborileaba.

Acercó el membrete a mis ojos, arrugado. Allí estaba escrito un nombre, "La Albufereta". El cabo furriel estaba enamorado y sonreía. Un hombre enamorado es una buena cosa, pensé. No podía esperarlo pero, te juro, Sara, que compartí su dicha. Una dicha amortiguada, claro, por la separación y más aún, por la trágica luz que nos embargaba y dominaba.

El cabo furriel parpadeaba, se calló. Quiso decir algo, pero se calló. Tenía un compañero de su amor, que el destino había querido que fuera yo. No era agradecimiento por escucharle su historia, ni solidaridad lo que nos unía. Quizás el único vínculo era el de sentirnos vivos. A mí me horrorizaba dulcemente que esa Anita pudieras ser tú.

Quería recordar el año en que has muerto, el 62 o el 63. Si era primavera o era verano. Invierno tal vez. No, invierno no: la boda fue al aire libre y, al salir expulsados del recinto, hacía un calor del diablo. Estábamos casi borrados y tú vivías la estructural histeria de los abrazos, las madres que lloran y los amigos que blasfeman. No, no era invierno. Un mes antes te veía con tu traje sensual, de color verde, subiéndote en el autobús, despidiéndote de mí, o de cualquiera de nosotros, o de Carlos, tu marido. Entonces te quedabas sola. Los traseúntes eran gente desconocida para ti, sentías, ¿sentías?, un oscuro vértigo, un impreciso miedo que tenía raíces en tu niñez, ¿o no? Que yo no sentí, desde luego, ni cuando los soldados encargados del depósito de material, que habían estado tratando



sin resultados de conectar con una emisora, arrojaron sobre nuestros corazones de gente que aún no se resignó a esperar, el casi místico cantar de Emilio el Moro.

El tiempo-lluvia nos había arrojado en otra región y nosotros mirábamos a los que estaban inclinados sobre el transistor cogiendo al vuelo los chistes que el Moro entremezcla en sus coplas. Los soldados se reían y se volvían para nosotros. Aquella voz me llenó de tristeza, bueno, no era tristeza, sino un sentimiento más complejo: un dulce y pleno estupor, una especie de incapacidad sin escapatoria. No sé si pensé que los sentimientos sólo son individuales en una parte muy pequeña, sentíame vivir con un gran desconsuelo... en el hechizo que Emilio el Moro había creado, allí mismo, los soldados viviendo una emoción distinta a la nuestra, sentados en el banco paralelo a la estanterías de cartucheras y correajes, no podíamos hablar, el embrujo se adueñaba de nosotros, nos reducía a un plano, a una esfera de hechos o de relaciones distintas, desconocidas. Callábamos: el Moro tiene una endiablada voz metálica, llena de tristeza, en ella parecía como cristalizar toda una historia de comunicación o de insolidaridad, o de deseos sexuales de una tierra. Es patetismo antes que voz. También la guitarra cumplía su misión auxiliar, ceñida a la palabra, perdida, flotando entre aquellas paredes, recorriendo nuestros breves y a la luz de una mortecina bombilla fantasmales cuerpos, te juro, Sara, que era de noche o lo parecía y la estabilidad de la lluvia en el cuartel había engendrado como un halo de azul claridad, algo semejante a una coherencia lechosa y pálida, surgida de la nada, fulgor opaco que había penetrado en el recinto y que nos había atrapado, en tal medida que los soldados dejaron de reír y se hizo un silencio absoluto y seguía la guitarra a la par que la quierud nuestra, y la lluvia fuera, no puedes imaginarte, Sara, lo que era aquello y tú estabas con nosotros, al menos conmigo y yo sentía que tenía que haber un sustrato, un pozo, un lugar Dios sabe dónde, en el cual los sentimientos tuvieran un valor colectivo, sentimientos que sólo tuvieran vigencia en cuanto pertenecientes a la comunidad... la eternidad, o llámalo como quieras. No estabas muerta para mí. Vivías, pese a todo. Pese a que hacía años habías sido enterrada. Encendí un cigarrillo.

—No fumo, gracias —me dijo el cabo furriel, haciendo un gesto con la mano.

Necesitaba fumar. Era demasiada la sensación para soportarse sin el



cigarrillo en la mano, el humo delante de los ojos, en el centro de la cabeza y de la emoción, pero sin neutralizarla. Antes, al contrario...

Concluyó la canción. Aún llovía.

El cabo furriel me llevó, por hacer algo, a ver las cantimploras y las marmitas, apiñadas en las estanterías que recorrimos por detrás. Desmonté una: tenía un plato adherido en el fondo y eran muy grandes. Aún llovía.

El cabo furriel, mientras yo fumaba y pensaba en ti, reviviéndote, hablaba de la utilidad de una cantimplora en tiempo de guerra. Decía: "Aquí, no, pero por ejemplo en el desierto es fundamental un cacharro así". Su novia había quedado ya muy atrás, pero para mí no: la relacionaba contigo, tú también podías haber escrito una carta, una carta que hubiera llegado esta mañana al cuartel, tu palabra viva. Aunque no estuvieses presente. Era una prueba de que hablarías, cogerías una pluma, sentada en un escritorio que intuyo tenías, un bolígrafo que contaba la historia de tu día.

Cuando salimos, hacía sol. En el gran charco que nos cerró el paso se reflejaba, desfigurado. El cabo furriel, los demás y yo fuimos para la compañía, saludando, al pasar, al centinela.

Me había apagado de pronto en el brillo del campo en el que nos adentrábamos. No caminábamos deprisa, marcha la nuestra de hombre serenos, me había salido el equilibrio como un tumor... y ese andar desordenado y tranquilo bajo las nubes llenas del nuevo sol, nuestros diálogos sin forma, todo, el uniforme, todo, no era sino apariencia. Pensaba en tu vida extinguida, ¿en cuándo fue? ¿en el 63 tal vez?

Pertenecía yo al reino de los vivos y eso es mucho, llevas cuatro años muerta y yo estoy aquí, reviviéndote confusamente. Deberías —me decía— estar con nosotros.

A veces, paso por el lugar del accidente y pienso en ti. Desearía sacar la cabeza y verte ahí, no sé cómo.

El furriel hablaba de los macutos, la tierra humeaba y los árboles brillaban. O eso creía, al menos.

Deseaba con violencia que volvieras. Aunque te hubiéramos perdido para siempre. Que pudieras ver este sol y respirar este aire. Este aroma renovado que me aligeraba el corazón, este olor a hierba mojada, consuelo del simple estar vivo, abandonado, caminando ahora junto al furriel, sin que lo sepas en el centro del vacío que dejaste.

